

EL PAPEL DE LA IDENTIDAD EN LOS CONFLICTOS REGIONALES ACTUALES: EL CASO DE CATALUÑA Y ESPAÑA

The importance of cultural identities in regional conflicts: Analyst of Spain and Catalonia

Ibai Luis de Juan Ayuso

Universidad Autónoma de Madrid

ibai.dejuan@gmail.com

Resumen:

La proyección territorial de las identidades ha adquirido una especial importancia en una era caracterizada por la fractura social y el beneficio individual. En el caso de España y Cataluña, el conflicto territorial halla sus raíces en dos identidades de diferente naturaleza en las que, a lo largo de la historia, la desvirtualización de la primera ha empoderado a la segunda haciendo imposible la coexistencia de ambas. En un momento en el que el Estado Autonómico se agrieta y el abandono de las clases precarizadas se agudiza, la diferencia entre ambas sociedades parece insalvable. No obstante, tras la pandemia del Covid-19 esta dinámica puede ser invertida. Un proceso ante el cual, la geografía urbana no se mostrará indiferente vinculando la problemática social con la cuestión territorial.

Palabras clave: Identidad, territorio, sociología urbana, neoliberalismo.

Abstract:

The territorial projection of identities has acquired special importance in an era characterized by social fracture and individual benefits. In the case of Spain and Catalonia, the territorial conflict finds its roots in two different identities in which, throughout history, the devitalization of the first one has empowered the second, making the coexistence of both impossible. Nowadays, when the Autonomous State is cracking and the precarious classes are abandoned, the difference between the two societies seems bigger. However, after the Covid-19 pandemic this dynamic can

be reversed. A process in which, urban geography will not be indifferent linking the social problem with the territorial conflict.

Keywords: Identity, territory, urban sociology, neoliberalism.

Introducción

La coexistencia de diversas identidades en un mismo territorio siempre ha precisado de la iniciativa proactiva para tender puentes diplomáticos. No es nueva la problemática territorial entre España y sus territorios periféricos. Las diferentes identidades peninsulares parecen estar históricamente determinadas a convivir fluctuando entre la cooperación y el enfrentamiento político. En ausencia de naciones naturales (Bassets, 2017), las identidades ocupan la primera posición en la batalla dialéctica avaladas por la historia. Una historia que, bien puede glorificar naciones o hundirlas junto con los fantasmas de su pasado.

Son evidentes las grietas del modelo territorial autonómico. La evolución social, así como las proyecciones geográficas que de ella se derivan, han manifestado una abierta incompatibilidad con los valores de un sistema legal periclitado tras 40 años de democracia.

Por último, las dinámicas globalizadoras, así como la retirada del Estado de su función social, han expuesto a un vasto contingente poblacional ante la precariedad laboral y cultural. La búsqueda de alternativas al modelo del Estado-mínimo da como resultado las fracturas sociales que deberán ser resueltas para hacer frente a los tiempos venideros.

El pulso de la identidad

Desde finales del siglo XIX, con el desarrollo de los nacionalismos periféricos y el desastre del 98, España asiste a una paradoja. Frente a un territorio histórico como es Cataluña (así como podría ser el caso de Navarra, País Vasco o Galicia) con una identidad determinada con precisión, se erige un Estado español que acusa algo peor que la ausencia de identidad. La existencia de una identidad menospreciativa conformada por los peores retales de su historia.

¿A qué se debe esta percepción de la identidad española? ¿Están los españoles condenados a vagar por el imaginario colectivo aguantando el peso de su historia? Si bien la respuesta a estas preguntas no cabe en diez páginas, ni siquiera en mil, aquí esbozaremos con brocha gorda algunos de los elementos más importantes acerca de la cuestión identitaria en España. Para ello, es recomendable analizar la obra de María Elvira Roca Barea (2019), *Fracasología, España y sus élites: De los afrancesados a nuestros días*, así como realizar una revisión de las numerosas obras que en el libro se dan a conocer.

El cambio de dinastía de los Habsburgo a los Borbones en 1700 marcó un punto de inflexión que ligó la historia de España a la de Francia. La llegada de Felipe D'Anjou (nieta de Luis XIV) al trono supuso el desmantelamiento de todo el sistema administrativo precedente, la centralización borbónica, así como una crisis cultural sin precedentes hasta entonces¹. Ello estableció las bases de una subordinación cultural.

La propaganda literaria ha jugado un papel fundamental a lo largo de la historia de Europa. Si nos fijamos en Francia o Inglaterra, a pesar de sus numerosos descalabros en la historia (como es habitual en cada país) han contado en todo momento con un nutrido grupo de intelectuales que han sabido interpretar los hechos para salvar a sus naciones de su propia historia y así preservar una identidad atractiva en el imaginario colectivo. La revolución francesa pervive, pero los años de *La Terreur* así como los descalabros militares napoleónicos que precipitaron la vuelta a la monarquía unos años después quedan como acontecimientos difusos en la memoria colectiva. Sin embargo, en España no hemos contado con intelectuales de dicha naturaleza. De hecho, Barea habla de unas élites afrancesadas que promovían la subordinación cultural. La identidad española no se encuentra avalada por mitos glorificadores sino todo lo contrario. Imperialismo, desastres militares y dictaduras, entre otros, han constituido las líneas de expresión de la identidad española, haciendo de esta una etiqueta ciertamente peyorativa e insoportable de aguantar. La mayoría de la población española ha oído hablar del desastre de la Invencible, pero es especialmente conocido por los ingleses pues este mito refuerza con creces su identidad y ayuda a construir una imagen

¹ Barea advierte que la crisis producida por el cambio de dinastía ha dejado su impronta en la literatura española. No es casualidad que los estudiantes de bachillerato pasen de puntillas por el siglo XVIII desde el barroco al romanticismo. Ello es consecuencia de una disminución notable de esta que pasa de ser literatura callejera a literatura de salón de una élite afrancesada. “El teatro del Siglo de Oro se sigue representando hoy; el dieciochesco no” (Barea, 2019: 114). Se trata de un hecho digno de reflexión en relación con el cambio en la cultura y el imaginario colectivo de la época.

gloriosa de su país (Barea 2019). Sin embargo, hoy en día pocos estudiantes saben acerca de la revolución en materia didáctica que supuso la Institución Libre de Enseñanza, los puentes diplomáticos reestablecidos entre España y América por Rafael Altamira tras el desastre del 98, la moderna legislación en materia social durante la II República² o los avances tecnológicos³ y medicinales⁴ olvidados entre las páginas de la historia.

No se trata de tergiversar la historia a partir de mitos imaginarios de corte imperialista o fascista sino de fomentar un ejercicio de historia comparada. La sociedad yerra al no situar los acontecimientos históricos en su contexto geopolítico y obviar lo que por entonces ocurría allende nuestras fronteras. Por otro lado, han quedado en un segundo plano acontecimientos que bien podrían aportar algo de esperanza a una generación de intelectuales que aun tenga la intención de renovar la identidad española a fin de evitar que vuelva a ser un elemento abocado al fracaso por su condición existencial.

Era inevitable que, en estas circunstancias, a finales del siglo XIX se constituyeran nacionalismos periféricos que, a diferencia del Estado español, sí contaban con unos intelectuales que miraban a otras naciones europeas como Alemania no para autoflagelarse (como la generación del 98 que buscaba las raíces intrínsecas de raza en el pasado para explicar los problemas del país) sino para tomar ejemplo y constituir sin dilación una identidad cultural distanciada de una España rezagada. Podría decirse que la existencia de la identidad española fue (y es) una causa indirecta de la aparición de estos nacionalismos que arraigan con mucha facilidad. ¿Quién quiere pertenecer a una nación anticuada y decadente que sufre pérdidas de memoria histórica selectiva?

² Mediante el decreto publicado por la Generalitat de Catalunya el 9 de enero de 1937 aplicado a todo el territorio republicano y con el apoyo del gobierno de Largo Caballero, se despenalizó el aborto hasta las 12 semanas siendo una de las leyes más avanzadas de Europa. Debe observarse que, en su momento, que dicha ley se instauró con la idea de que perduraría tras la guerra cuando el bando republicano reestableciera el orden constitucional.

³ La Universidad de Salamanca ideó el calendario gregoriano por el que actualmente se rige el globo.

⁴ Oficialmente el descubrimiento de la cura del escorbuto se atribuye a James Lind en 1753. Sin embargo, en 1579 Pedro García Farfán ya había publicado tal descubrimiento y se empleaba en la marina española como certifican los cargamentos de cítricos de la flota a cargo de Don Francisco de Tejada entre 1617 y 1618.

Saliendo del paso. Las autonomías

Durante la transición, y siendo muy conscientes de la realidad de su tiempo, los padres de la constitución y, en gran medida, hijos del régimen franquista, buscaron ante todo una evolución sin ruptura ante la mirada expectante de Occidente. Ello supuso la implantación de un sistema cuyos valores quedarían desfasados 30 años después a ojos de una generación que había crecido en democracia y que cuestionaba ciertos elementos recalcitrantes de tiempos pasados en las instituciones españolas (Castells, 2017). No obstante, la organización territorial permitió cierta unidad cuando más necesaria era.

El debate territorial quedó cerrado con el conocido *café para todos*. Una división que tenía en cuenta las regiones históricas pero que, a su vez, inhibe la confluencia de futuros movimientos independentistas. Dichos movimientos ya podían atisbarse como consecuencia de la desigualdad entre diferentes territorios. El modelo autonómico, a caballo entre el federalismo y el centralismo, apaciguó los primeros años de democracia, pero llevaba intrínseco el germen de su destrucción. Para sorpresa de muchos, la división territorial en lo que a movimientos nacionalistas se refiere guarda cierta semejanza con la división del territorio soviético en la época estalinista. Aquellas regiones potencialmente más conflictivas quedaban divididas administrativamente de forma que, en el peor de los casos, el Estado combatiría varios nacionalismos débiles en lugar de uno fortalecido capaz de ejercer una presión significativa sobre el gobierno. Así como la región del Volga-Ural fue fragmentada y sometida a movimientos centrífugos de población para inhibir el desarrollo de un movimiento secesionista tártaro unificado⁵, la distribución de los denominados *Països Catalans* en diferentes Comunidades Autónomas inhibe la creación de movimientos de secesión fuertes capaces de escapar al control del Estado español. A su vez, la existencia de regiones autónomas sin aspiraciones independentistas actúa como herramienta de legitimación del Estado soberano (Oliveras, 2019).

⁵ La región goza de un elevado interés geopolítico debido a la confluencias de oleoductos y la producción petrolífera y su población era mayoritariamente tártara. Durante el estalinismo se establecieron 5 regiones en el territorio donde habitaban estas comunidades (Chuvaquia, Mariis, Tatarstán, Udmurtia y Bashiria) e impulsó la industria petrolífera y automovilística especialmente en Tatarstán con el fin de favorecer el desplazamiento de población de origen ruso a la región y reducir la mayoría turcófona. Esta técnica ha sido empleada en muchos territorios de las exrepúblicas soviéticas como Crimea o Georgia. Las 5 regiones alcanzaron el estatus de repúblicas dentro de la Federación Rusa en 1990. Con ello, han adquirido cierta independencia, pero siempre por separado y bajo las condiciones rusas. Para más información véase: <https://elordenmundial.com/pueblos-tartaros/>

La historia está demostrando que a pesar de la división territorial las identidades prevalecen. Y prevalecen porque han sido capaces de re-territorializarse y construir en el imaginario colectivo una imagen de su territorio que merece la pena. España sigue unida por ahora. La cuestión radica en el precio que está dispuesta a pagar por la unidad. Hasta ahora la mayoría de los esfuerzos de un incompetente gobierno del PP no han hecho más que reforzar la identidad catalana y añadir un nuevo episodio al historial de bochornos constitutivos de la identidad española. Un traspies que, una vez más, empaña la imagen de una nación incapaz de proyectar un futuro colaborativo junto a otras identidades sobre la base del enorme potencial cultural y cívico del que aún no es consciente que dispone.

El Estado en retirada

El debate acerca de la cuestión territorial entre el España y Cataluña no queda completo si no se atiende a las dinámicas internacionales que sin duda han afectado a ambos actores y que, en buena medida, han propiciado la situación derivada especialmente desde la crisis de 2008.

Los procesos de terciarización en las economías occidentales acelerados desde la década de 1980 han situado al sector servicios como piedra angular de toda economía desarrollada. Un axioma que no se sostiene sin la percepción del razonamiento economicista como un rasgo intrínseco del ser humano (Judt, 2010). Las píldoras de individualismo y la popularidad de biografías de éxito en el imaginario colectivo, (Bauman y Donskis, 2019) no han sido ajenas a dicho proceso. Un ejemplo más de la amnesia con respecto a la historia económica del siglo XX. Como resultado, la ordenación territorial ha acabado sometida a las dinámicas del mercado invirtiendo el orden de los factores que en otro tiempo habrían favorecido un desarrollo regulado y sostenible.

En lo que respecta a las ciudades como Barcelona, la mercantilización de su capital cultural a acabado percibiendo los símbolos identitarios urbanos como una mercancía más en el juego de la oferta y la demanda. Dicho proceso acaba por desvirtuar la naturaleza identitaria de la ciudad (Harvey, 2013). Por otro lado, la población local puede verse privada del consumo de dichos símbolos, lo cual puede desestabilizar la estructura a partir de la cual se conforma la identidad de una sociedad (Sánchez-González y Domínguez, 2014) y alentar movimientos de reafirmación identitaria y reapropiación de la ciudad.

Cataluña se ha visto afectada por una dinámica de acumulación por desposesión dentro de un contexto en el cual la burbuja inmobiliaria apremiaba a la urbani-

zación descontrolada del litoral mediterráneo y la adaptación del mayor número de núcleos al turismo de masas. Después de 2008, las tensiones en materia de financiación aumentaron entre las Comunidades Autónomas y un gobierno central que intentaba salvar a las entidades crediticias a costa de la erosión de las clases más vulnerables. No era esto lo que predicaban aquellos que enarbolaban el discurso del progreso.

El Estado español ha establecido las condiciones socioespaciales de reproducción de un precariado o *mundo de las periferias* que vive en una constante incertidumbre y flexibilidad laboral a la par que se siente desposeído de su identidad cultural (Guilluy, 2019). No se trata de una característica intrínseca de la cultura Mediterránea sino un proceso minuciosamente calculado 40 años atrás para todo Occidente. No es casualidad que las aspiraciones que según Josep Oliveras Samitier tienen la mayoría de los catalanes, se correspondan con las descritas por Guy Standing (2014) a nivel global:

“Los habitantes de Catalunya, se sientan o no catalanes, como los del resto de España, en su inmensa mayoría desean cuatro cosas: a) tener trabajo; b) tener un trabajo digno que sea seguido de una jubilación que permita vivir sin grandes aprietos; c) tener una sanidad y una educación pública de calidad y eficientes; y, finalmente, si se tienen hijos, d) que estos encuentren trabajo acorde con los estudios realizados” (Samitier, 2019: 51).

Desatender a las antiguas clases medias, mediante la privatización de la ciudad y la mercantilización de los símbolos identitarios, empuja a dichos grupos sociales hacia la única alternativa que se presenta viable (Bauman, 2016); la de los nacionalismos de corte independentista o neofascista capaces de reflejar sus deseos de *re-territorialización* (Rufi, 2019) en una búsqueda de protección frente a las dinámicas características de la globalización. Si el Estado no atiende las necesidades de su población, tendrá que lidiar con las consecuencias del legítimo ascenso independentista.

¿Y ahora qué? El papel de la geografía urbana en el futuro del nacionalismo catalán

2020 ha sido testigo de las contradicciones intrínsecas del modelo neoliberal que han evidenciado una vez más la inviabilidad del sistema a largo plazo. La pandemia de Covid-19 ha desprovisto de todo potencial económico los centros urbanos terciarizados. Paradójicamente, la crisis que acontecerá en los próximos años abre una ventana temporal en la que revertir hasta cierto punto los procesos de

terciarización en pro de un equilibrio entre sectores productivos⁶. En consecuencia, mediante la reapropiación del espacio público, el capital cultural de las ciudades catalanas, así como las del resto de autonomías quedarán revalorizados y a disposición de la población local.

Lo que a priori puede parecer una polarización de la sociedad española y catalana en un proceso de refuerzo identitario, puede acabar generando el efecto contrario. Así pues, en el hipotético caso de una nación que deja de enarbolar los valores de la supervivencia del más fuerte, de la maximización del beneficio individual, puede comenzar a caminar por la senda de la cooperación entre sociedades. En el momento en que tanto Cataluña como España comprendan la necesidad de la colaboración para abordar los tiempos venideros, la mitad de la crisis territorial estará resuelta. La otra mitad comprenderá la colaboración efectiva entre ambas sociedades dentro de una ruta de transición ecosocial para superar la crisis sistémica que sucederá a la crisis sanitaria. Hay mucho por hacer. Desde el fomento de las cuatro grandes industrias verdes (eficiencia energética, energía solar, energía eólica y transporte eléctrico) (Rifkin, 2019) hasta el cambio de paradigma en el ámbito del sector agrario con el impulso a los sistemas de Canales Cortos de Comercialización (CCC). Cada órgano de gobierno debe poner en el centro de la vida política la reproducción social. Las futuras intervenciones en la economía por parte del Estado para alcanzar tal fin no deberían percibirse como intromisiones mientras respeten la legítima soberanía identitaria de cada territorio. Ya conocemos las consecuencias que la no intervención del Estado tiene sobre los grupos sociales más vulnerables.

Las proyecciones geográficas de dichas medidas harán del territorio un espacio sostenible, interconectado y equitativo en el que poder coexistir en igualdad de condiciones. Para entonces cada territorio autónomo habrá comprendido que sobrevivir a la posmodernidad depende de la reconstrucción de los puentes diplomáticos que esta misma ha contribuido a derribar.

⁶ De Juan, I. L. (30 de abril de 2020). La reconquista de la ciudad: Horizontes para poner la vida en el centro. Recuperado de: <http://latrivial.org/la-reconquista-de-la-ciudad-horizontes-para-poner-la-vida-en-el-centro/>

Referencias:

- Bassets, L. (2017). Lecciones españolas. Siete lecciones políticas de la secesión catalana y la crisis de la España constitucional. Barcelona: EDlibros.
- Barea, M. E. R. (2019). Fracasología: España y sus élites: de los afrancesados a nuestros días. Barcelona: Espasa.
- Bauman, Z. (2016). Extraños llamando a la puerta. Barcelona: Paidós.
- Bauman, Z. y Donskis, L. (2019). Maldad Líquida. Barcelona: Planeta.
- Castells, M. (2017). Ruptura. Madrid: Alianza Editorial.
- De Juan, I. L. (30 de abril de 2020). La reconquista de la ciudad: Horizontes para poner la vida en el centro. Recuperado de: <http://latrivial.org/la-reconquista-de-la-ciudad-horizontes-para-poner-la-vida-en-el-centro/>
- El País. (14 de abril de 2020). La economía española se desplomará un 8% este año y el paro se disparará hasta el 20,8%, según el FMI. Recuperado de: <https://elpais.com/economia/2020-04-14/el-fmi-preve-que-la-economia-espanola-se-desplome-un-8-este-ano-y-que-el-paro-se-dispare-hasta-el-208.html>
- Guilluy, C. (2019). No Society. Barcelona: Taurus.
- Harvey, D. (2013). Ciudades rebeldes. Del derecho a la ciudad y a la revolución urbana. Madrid: Akal.
- Judt, T. (2010). Algo va mal. Barcelona: Debolsillo.
- Oliveras, J. (2019). El encaje de Catalunya en España En J. Farinós Dasí, J. F. Ojeda Rivera, y J. M. Trillo Santamaría (Eds.), España: Geografías para un estado posmoderno (pp. 45-56).
- Ovchinnikova, K. (25 de julio de 2019). Los tártaros: un nombre para varios pueblos. Recuperado de: <https://elordenmundial.com/pueblos-tartaros/>
- Rifkin, J. (2019). El Green New Deal Global. Barcelona: Paidós.
- Rufi, J. V. (2019). Cataluña-España a inicios del siglo XXI. Entre la reterritorialización pactada y el “No nos representan”. En J. Farinós Dasí, J. F. Ojeda Rivera, y J. M. Trillo Santamaría (Eds.), España: Geografías para un estado posmoderno (pp. 57-69).
- Sánchez González, D. y Domínguez Moreno, L. A. (coords.) (2014): Identidad y espacio público. Ampliando ámbitos y prácticas. Barcelona, Gedisa.
- Standing, G. (2014). Precariado, una carta de derechos. Salamanca: Capitán Swing.